

males o informales. La idea de plebe<sup>13</sup>, como una masa amorfa de personas salidas de las diferentes clasificaciones sociológicas, adquiere aquí relevancia; sabemos que en esa plebe, de una sociedad históricamente tan fusionada, se encuentran las bases sociales de la nación<sup>14</sup>. No es que fueran «desclasados» sino que los paradigmas de la sociología occidental no han llegado a ubicarlos conceptualmente. Puede que no haya «desborde popular» sino que nunca hubo encausamiento nacional de las mayorías. Por ahora es una masa moldeable, de interés electoral. Pero no hay vínculo orgánico entre elector y elegido, entre ciudadano e instituciones; en suma, no hay un verdadero contrato social: el proyecto de vida en común de los ciudadanos.

¿Es posible improvisar en el corto plazo una *clase dirigente nacional* en el Perú? Las clases políticas no se forman en ninguna parte por generación espontánea. Hay factores deliberados y voluntarios. En un país con una fuerte concentración oligárquica del poder económico, conviene a estos intereses una máxima dispersión de la fuerza social, para mejor controlar también el poder político del Estado<sup>15</sup>. Revisando las biografías del personal político que actuó en el parlamento y el ejecutivo en la última década se observa lo siguiente: se trata de figuras fácilmente reconocibles en sus comunidades: médicos, predicadores, profesores de escuela, negociantes prósperos, dirigentes asociativos, artistas, boticarios, periodistas, abogados; en fin, personal atractivo para fines electorales inmediatos. Salvo excepciones, no cuentan con una elevada preparación académica y cuando la tienen no son estudios propios a la formación del hombre de Estado (pocos con formación en ciencias políticas, sociales y económicas, como si no se requiriera ninguna pre-

<sup>13</sup> Con una pizca de humor, Carlos Franco da cuenta de las señas simbólicas de esta masa plebeya en la ciudad: «se enseñorearon en las calles con sus pantalones acampanados, sus correas con hebillas de metal, sus camisas floreadas y sus polos plenos de inscripciones en un inglés secreto y, a veces, indescifrable. Y educaron a sus hijos, cuando los cupos universitarios se estrecharon, en una vasta y descoordinada multitud de Cenecepes y escuelas técnicas y comerciales. Variaron las re-

glas culinarias, las modas del vestir, la sintaxis del castellano, los horarios de la ciudad, las rutas del tránsito, la geografía de los emplazamientos, los usos de la relación social. En suma, transformaron la cultura urbana y nacional». En *Socialismo y Participación*, n.º 29: «Nación, Estado y Clases: condiciones del debate en los 80». Lima, marzo de 1985.

<sup>14</sup> Con cierta visión optimista, Carlos Iván Degregori consideraba que en esa creciente organización del movimiento popular en los años

ochenta se encontraban las bases de la institucionalidad nacional, que estaban en camino de la «forja de un proyecto nacional-popular en el Perú». En los años 90 vemos que esa mayoría electoral votó por Fujimori, y en el momento de los implacables «ajustes estructurales» se encontraba desmobilizada, sin capacidad de reacción organizada. ¿Prueba de que estas masas semiorganizadas no se elevaron a los niveles de la institucionalidad política nacional? Ver «Reflexiones sobre el movimiento popular», en

América Latina 80. Democracia y Movimientos Populares. Lima, Ediciones DESCO, 1981.

Al respecto se puede ver también: «Límites y posibilidades de la democracia. El caso de las organizaciones populares del Perú», de Luis Tejada Ripalda, en *Economie sociale. Les organisations populaires au Pérou*. Paris. Cooperative d'éditions de la vie mutualiste, 1993.

<sup>15</sup> Cf. el estudio de Eduardo Anaya sobre los grupos de poder económico en el Perú (Lima, Editorial Horizonte, 1990).

paración idónea para ser estadista). En su mayoría son hombres «políticos» que se hacen a la carrera, que asumen de pronto elevados cargos públicos sin contar con una experiencia acumulada, con pocas lecturas especializadas (la referencia semanal son las revistas *Caretas* y *Olga*), sin hábitos para organizar y transmitir por escrito sus opiniones o argumentos sobre los problemas del país, más dados a la oratoria y a las «frases ingeniosas» que al cultivo de la reflexión y de una sabiduría política. Ya se sabe, de Lao Tse a Montesquieu, que las decisiones políticas requieren un saber integral, pluridisciplinario. Por eso política y sabiduría van de la mano: es una disciplina destinada al hombre *virtuoso*.

A una nación como el Perú, milenaria en su cultura, enorme en su territorio, accidentada en su geografía (desiertos, cumbres nevadas, jungla, ríos caudalosos, lagos en los rascacielos de los Andes, etc.), laberíntica en su historia, mestiza en sus gentes y su cultura —es decir un país complejo que *no tiene nada de lineal*— contar con un personal político con poco concepto y experiencia le resulta objetivamente imposible que pueda vencer tan difíciles adversidades. Es demasiada tarea para una *élite* improvisada y sin fogueo en la administración de una nación. El primer problema que salta a la vista es el subentendimiento de las complejas realidades del país<sup>16</sup>. Aquí hay un problema grave, pues si a este país complejo se suma hoy las consecuencias del terrorismo, el narcotráfico, la desagregación social, las epidemias, la corrupción, es obvio que no se puede hacer frente a esta situación con las solas armas del empirismo, pues una incompreensión de esta complejidad impide un diagnóstico eficaz, una respuesta acertada. Por eso decíamos antes que el político tiene que tener algo de sabio para poder aprehender una realidad tan difícil de asir y algo de virtuoso para tomar las decisiones más apropiadas.

## V. La construcción política de la nación

En el Perú el advenimiento de la República no representó el de una nueva clase dirigente.

**J. C. Mariátegui**

Hemos visto que hay un desfase orgánico entre las estructuras sociales y la estructura del poder estatal. Los grupos de poder que han «gobernado» el país (François Bourricaud prefiere hablar de «mandones» más que de gobierno) no han construido políticamente la nación, de modo que la notable vitalidad que se advierte en las transformaciones sociales se expresa de modo confuso en términos políticos, según estados de humor y no de conciencia, sin que exista un encausamiento de los cambios sociales por

<sup>16</sup> La cuestión del subentendimiento de los problemas por parte de las élites políticas ha sido desarrollado por Giovanni Sartori, particularmente en su libro *The Theory of Democracy Revisited*. Chathan. New Jersey. Chathan House, 1987.

parte de una clase dirigente nacional; clase salida de sus propias entrañas, que proponga el proyecto de nación a construir, el diseño de vida en común que desean los nuevos ciudadanos. De otro modo, cada elección («la ilusión electoral»), se convierte en un episodio errático, una «reinvencción» periódica del país, sin continuidad ni acumulación de experiencia nacional. Hay más una mentalidad «adánica» que el atesoramiento de una memoria política que sirva a los fines de construcción nacional.

¿Qué es lo que puede dar *permanencia* a una acción política en el Perú? ¿Cómo conformar esa clase dirigente nacional que represente y administre un territorio, una masa poblacional, una historia y un futuro? A fin de cuentas, de lo que se trata es de preservar la continuidad de la nación, en medio hoy de un escenario nacional e internacional turbulento. Se podría pensar que estoy proponiendo la formación de un batallón de politólogos para construir un sistema político, o que sea una *élite* de «políticos profesionales a tiempo completo» los que manden en el país. No; de lo que se trata es de conformar una clase dirigente nacional, competente, honrada, con valores republicanos; quiero decir que en política no se puede seguir improvisando como siempre se ha hecho. Hay que formar a los hombres políticos, darles escuela, para que asuman los valores republicanos: que los mejor preparados sirvan a la nación, que los más íntegros estén en los cargos públicos. Morelos, el prócer mexicano, decía que el hombre público no es más que «un siervo de la nación».

Por razones de trabajo diplomático o intelectual he tratado con las *élites* políticas de diferentes países de la región y donde he advertido cierto espíritu *amateur*, ausencia de sentimiento de hombre de Estado, fue en la *élite* política peruana. No porque en el Perú no haya profesionales altamente competentes y honrados, sino porque éstos no están en los cargos públicos. El país no tiene una cultura política centrada en la concertación y la negociación, sino en la exclusión y el conflicto; no tiene el hábito de convocar a los ciudadanos más capacitados para asumir funciones de gobierno (los educadores e intelectuales peruanos, por ejemplo, son reconocidos por la ONU y la UNESCO, quienes los solicitan para asesorar gobiernos de la región, pero no son convocados por su propio gobierno). Actualmente hay un millón cien mil peruanos en el exterior<sup>17</sup>, de los cuales: diez mil médicos de alto nivel, nueve mil ingenieros, ocho mil investigadores universitarios, pero no hay ningún programa deliberado para incorporarlos al destino nacional.

La experiencia pasada y reciente ha mostrado que en casos de crisis graves —conflictos bélicos, colapso económico, guerra, etc.— un país puede encontrar sus alternativas gracias a la cohesión y experiencia de su clase dirigente. Ha ocurrido con México en 1982, cuando sucedió el colapso eco-

<sup>17</sup> Altamirano, Teófilo, Éxodo. Peruanos en el exterior. Lima. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1992.

nómico generado por la fuga de divisas: la clase política mexicana se cohesionó en torno a un programa e hizo que la comunidad nacional recuperara la esperanza; en Chile el gobierno de Patricio Aylwyn condujo un rápido proceso de recomposición democrática después de una larga dictadura, gracias a la convocatoria a todos los sectores políticos del país; en Colombia la clase política hace su trabajo para incorporar a la militancia de la guerrilla a la vida política pública, sentando así las bases de la pacificación nacional; en Brasil hubo un proceso constitucional ejemplar para destituir al presidente de la república por falta de transparencia en el manejo de los fondos públicos; en El Salvador se llevó a cabo una negociación intachable entre los diversos políticos para desarmar pacíficamente a la guerrilla y llevarla a participar abiertamente en la vida política.

El antiguo presidente Salinas de Gortari tiene razón cuando señala que «en América Latina hay talento político». En el Perú, cuando vemos que el pivote de la «estrategia» contra el terrorismo consistía en poner precio a la cabeza del líder senderista, y que la única invitación a la participación ciudadana era la delación, uno se queda desconcertado. Por hacer lo urgente y no lo importante, la *élite* política peruana olvida que es necesario tener una política nacional de pacificación y desarrollo social, que éstos no son meros problemas de «presupuesto» sino de redistribución de la legitimidad del Estado. Escaso de recursos, el gobierno elegido necesita «repartir» su legitimidad entre las organizaciones populares para lograr una movilización nacional con alta participación social en todos los órdenes: para ello debe contar, entre otras, con una política destinada a la población joven, para evitar que sea reclutada fácilmente por Sendero; con que la educación nacional promueva los valores de la paz y la comprensión nacional, a fin de evitar los racismos latentes; en fin, que se debe promover la participación activa de los movimientos indigenistas, de las mujeres, de los pobladores de Pueblos Jóvenes. En el Perú hay sectores civiles y militares que desde hace muchos años reflexionan sobre estos problemas.

Decíamos que la tradición republicana reclama que los mejores hombres deben servir a la nación; estos hombres no están en el poder. El país atraviesa por complejos problemas de orden económico, psicosocial, diplomáticos, de seguridad pública, de salud pública, etc., pero los que saben de estas cosas no están en los cargos de decisión del gobierno. Lo que se observa es una falta más de *conexión orgánica* entre la inteligencia y el poder, entre los intelectuales y profesionales, como categoría social, y los mandos del país. Funcionarios sin imaginación y concepto están al mando de importantes dependencias públicas. A diferencia de otros países, los intelectuales peruanos no han tenido la ocasión de intervenir directamente en la dirección del país, pero tienen a su favor haber acumulado un valioso